



Mercado de San Miguel. Madrid

Al Froiz y See the Repugnance, o el Besugo y la Rémora

Javier Arias Bal

U n antepasado mío había participado como estudiante en aquella aventura que supuso la creación de la *Bessy* hacía muchos años. Le había oído hablar largo y tendido de aquel lugar en el que se había creado un mundo extrañamente armónico, una armonía que estaba basada más en la vibración simpática de las cuerdas que en la exactitud del reloj. Surgió en una época en la que la gente vivió la ilusión de dominar sus vidas, de participar en la construcción de una sociedad en común. Los Años Oscuros que le siguieron rebajaron la exigencia vital a mínimos y la institución murió por la marcha de gran parte de su gente y por la asfixia que la nueva situación le produjo; en esas condiciones ya no era posible inventar el futuro porque ya estaba escrito.

La vuelta a la legalidad se produjo cuando casi todos los que habían vivido aquella brillante experiencia habían muerto. Pero la fascinación por lo que había sido aquel lugar movió muchas y nuevas voluntades para hacerla renacer. En su pasado, la cabeza visible de la institución había sido su director, que se llamaba Al Froiz (del que no tengo investigada una posible relación con una actual cadena de supermercados en el noroeste ni tampoco con el célebre creador del psicoanálisis).

Era Al Froiz un hombre de una probada integridad. Tuvo que marchar al exilio y no pudo regresar. La nueva etapa puso en su cátedra a See the Repugnance, “un paso adelante, dos atrás”. Al había sido un caballero inglés, impecable, encantador, elegante e intachable; See no. Por

eso había una pregunta que rondaba la cabeza de todo el que lo conocía: ¿de qué se ríe?

¿Qué tuvo aquel lugar de especial? En principio, la *Bessy* no era más que un lugar, una estancia, casi un mero alojamiento para jóvenes inquietos. Pero allí se les proporcionaba la educación completa que ordenaba su estructura de pensamiento para hacerles ciudadanos. Tanto Froiz como el resto de las personas (desde Éfederre, Jotaoigé o Jotaerrejota) que se habían sumado a su creación consideraban que había que crear una sociedad privada que posibilitara la libertad de pensamiento, la libertad de creación, la creación de libertad, la creación de pensamiento, el pensamiento creativo... (no sé si me falta alguna combinación). La base de este proyecto educativo sería la calidad y el rigor y su objetivo rector sería la ética social. Y la columna que sostendría todo este edificio serían los besugos. Y no era una metáfora. Consideraban a los besugos como la fuente de la sabiduría, como el ideal del sentido común y receptáculo de la inteligencia apolínea. Igual resulta chocante que precisamente fuera el Besugo el *oráculo*, pero hay que recordar que con el Besugo se puede discutir sobre cualquier tema, los dominan todos, y que fue posteriormente, en los Años Oscuros, cuando a este noble animal se le tachó de estúpido y se acuñó la célebre frase de: *es una conversación de besugos* para calificar a los que decían tantas tonterías que no las entendían ni ellos mismos.

El besugo es un pez hermafrodita. A mitad de su vida y su tamaño se convierte en hembra, tras ser macho hasta ese momento. Su vida es muy tranquila, conoce las dos caras de la moneda y tiene una perfecta comprensión de los dos sexos; no ha lugar de plantearle a un besugo: "Tienes que aprender a ponerte en el lugar del otro". Vive en el fondo de las aguas claras, en aquellos lugares en los que se forma una especie de jardín submarino. Como una especie de vergel sumergido. Su pesca es muy complicada porque no se puede hacer mediante red, pues si estableces una separación por tamaños sólo pescas hembras, que son los ejemplares mayores, y se produce el colapso de su regeneración, discriminas y matas sólo madres. Muy pocas personas conocen que el personaje mitológico Tiresias fue el que dio lugar a la especie de los besugos tras yacer con una sirena nigeriana sobre el monte Vesubio¹. Tiresias, patriarca de la stirpe de los besugusianos, hijo de Everes y de la ninfa Cariclo, fue el adivino por antonomasia de los tebanos. La tradición más extendida relata que en cierta ocasión Tiresias paseaba por el monte Cileno, cuando descubrió a dos serpientes copulando. Mató a la hembra con su bastón y se transformó en mujer. Como

¹ Etimológicamente (*sic*) desembocó en este nombre desde el Monte Bes-Sugus primigenio, de ahí que en sus fiestas bacantes se regale a los niños un extraño dulce hermafrodita entre chicle y caramelo.

mujer, Tiresias se convirtió en sacerdotisa de Hera, se casó y tuvo varios hijos. Tras siete años como mujer, Tiresias volvió a encontrar dos serpientes apareándose, mató al macho y se convirtió en hombre de nuevo. Zeus y Hera le consultaron como experto quién, hombre o mujer, experimentaba mayor placer en el sexo y Tiresias, dando la razón a Zeus, contestó que la mujer. Hera, contrariada, le dejó ciego y Zeus, para compensarle, le concedió el don de la profecía. El besugo ha heredado genéticamente su hermafroditismo y la capacidad de Tiresias para conocer el futuro, tanto el que será como el que podría haber sido, y de su madre heredó su belleza.

Pero regresemos a nuestra era y al nacimiento de la *Bessy*. Al Froiz perteneció a una generación obsesionada por conocer cuál era la razón de que su pueblo fuera tan ignorante. Y como ejemplo de la profundidad de esta ignorancia hablaba del uso de redes en la captura del besugo que estaba esquilmando sus últimos bancos. Tan grave era la situación que se temía por la supervivencia de la especie. El besugo era cada vez más raro, esquivo, escondido. Un día en el Mercado de San Miguel, charlando con el dueño de su pescadería habitual, *Tutti Frutti di Mare*, le comentó estas preocupaciones. Y cuál fue su sorpresa cuando el pescadero, un personaje peculiar, le dijo que a él la atracción por el mundo del besugo le venía de familia. Le contó que en la trastienda de la pescadería guardaba un espejo traído por su abuelo, un marino gallego. Le contó cómo él y otros tres compañeros gallegos se enfrentaron a 5.600 conchinchinos en un puerto del sudeste asiático y los vencieron (este tipo



de historias en Galicia se creen y punto). Los conchinchinos, impresionados y agradecidos porque les hubiesen enseñado en qué consistía la derrota, que hasta aquel momento nunca habían sufrido, les regalaron varias cosas, entre ellas este espejo con el que se encaprichó su abuelo.

Vespasiano (que era como se llamaba su abuelo, aunque en la familia se le conocía como Vespa a secas, porque era más rápido) decía que en el espejo, en lugar de ver la imagen de uno mismo, se veían besugos y se podía conversar con ellos. Pasaba muchas horas con el espejo y siempre hablaba de cosas que iban a ocurrir en el futuro. Pero tenía el problema de que nadie de su familia veía a los besugos. Ellos pensaban que se había trastornado y que esta era la razón de que él viera besugos y no se viera a sí mismo (lo que, por otra parte, le evitaba llevarse un susto). A veces también discutían de si lo que le pasaba es que se veía a sí mismo como un besugo o de si era incapaz de ver la realidad, era un lío la comunicación en aquella familia, pero al fin y al cabo la convertía en algo especial. Sin embargo, los besugos le decían que la verdadera razón era el conocimiento, sin el que no se abría la ventana a las profundidades marinas.

Después de este peculiar relato del pescadero, Froiz le pidió ver el espejo y en seguida se dio cuenta de que tampoco él se reflejaba y que estaba viendo una ventana submarina en vez de su propia imagen: Froiz, como el abuelo Vespa, sí podía ver a los besugos. En el momento no quiso decirle nada a Hugo, que es como se llamaba el pescadero, pero, tras meditar toda la noche, Froiz fue de

nuevo al mercado y le pidió a Hugo que le acompañara a tomar un café: “¿quieres tomar un café?” le dijo con acento gallego a sabiendas de que así iba a ser imposible que lo rechazara. Se sinceró con él. Con su impecable trato le dijo: “Tú no lo ves, Hugo, pero yo sí que veo al besugo” “¿(Ves Hugo?)”, resonó en la cabeza de Hugo y cayó de la burra y se dio cuenta de que su abuelo antes de morir se había empeñado en que le pusieran Hugo de nombre y que heredara el espejo, que pusiera una pescadería en el mercado y que le enseñara el espejo a todo el que se interesara en él, ¿sabría el sabio Vespa que llegaría Froiz?).

Froiz le dijo que quería pedirle compartir esta maravillosa cosa con los jóvenes y que podían montar una especie de grupo de estudiantes que vieran los besugos y se beneficiaran de su sabiduría, al final todos nos beneficiaríamos del proyecto. A Hugo le encantó la idea porque le pareció que todo estaba previsto por su abuelo. Así que las ideas de Froiz se llevaron adelante... Le llamaron “Casa Besugo y Hugo”, pero entre los estudiantes cobró moda llamarle la *Bessy*. Mientras Froiz estuvo al frente se cumplieron sobradamente las ilusiones que se imaginaron en el primer momento.

Cuando vinieron las tinieblas, los Años Oscuros, muchas personas sin educación y sin paciencia quisieron darle un sentido a su vida acusando y juzgando a los demás de depravados. Su borrachera de certeza los hizo ciegos y acabaron por echar del país a todo aquel que no les gustaba. Una de las preguntas que te descalificaba como digno





habitante de “su” país era si habías hablado alguna vez con un besugo (envileciendo el verdadero significado y naturaleza del animal y por extensión de la *Bessy*). Lo utilizaban como una manera de “detectar la subversión”. En aquel momento fue cuando se acuñó la horrible expresión de “mantener una conversación de besugos”. Pasaron los años, se encendió de nuevo la luz y hubo que rehacer el país.

El edificio al lado del Mercado de San Miguel, en el que se había levantado la *Bessy*, estaba todavía en pie y se conservaba un recuerdo mítico de lo que allí se había realizado y, aún más, guardaba en sus sótanos el Espejo. Fue entonces cuando apareció See de Repugnance, que se ofreció a revivir el proyecto. Se supone que el sentido de todo ello era continuar la labor de Froiz, pero había algo que los distinguía claramente y era que, mientras Froiz había sabido siempre de la importancia de dar a conocer el espejo, See no quería compartirlo con nadie. Si See hubiera visto a Pulgarcito, seguro que hubiera ido recogiendo las migas, borrando el mapa tras él, y en caso de que lo hubiera pillado habría dicho: “¡Ah! ¡Me extrañó que estuvieran tan bien colocadas, pero pensé que las estabas perdiendo!” El cinismo era uno de sus más evidentes defectos.

La ola de simpatía que generó el esfuerzo de reconstrucción de la *Bessy* atrajo a gran cantidad de jóvenes

dispuestos a trabajar en el absoluto convencimiento de que las ideas rectoras de esta nueva época serían las mismas que las que habían forjado su mito. Todos querían ver si veían a los besugos, pero See siempre planteaba a cada joven una espera ligada a una comprobación previa de las intenciones motoras de ese interés, del que, por otra parte, siempre desconfiaba. See se consideraba el guardián responsable de las esencias históricas de la *Bessy* y estaba convencido de que cualquier acercamiento sin su tutela acabaría más tarde o más temprano con la corrupción o el robo de “la herencia”. Naturalmente estas rígidas precauciones nunca se tenían con aquel que llegara allí y tuviera algo que ofrecer a See (desconocía lo que era el comportamiento desinteresado), y si alguien protestaba por discriminación tan injustificada, See le decía: “No te querrás comparar con él, ¿no?” Se cuenta incluso, quizás son mezquinas habladurías fruto de la envidia, que See una vez, hace unos años, permitió que un presidente del Gobierno que se había negado contumazmente a condenar los Años Terribles (al fin y al cabo él era hijo de un biógrafo y colaborador de Claudillo, que a su vez era el diseñador de los Años Oscuros), apadrinara la exposición de un poeta exiliado, que había muerto amargado en el extranjero.

See utilizaba siempre la estrategia siguiente: primero



planteaba que los besugos estaban en peligro y había que preservarlos de cualquier daño innecesario que afectara a su frágil supervivencia. Y segundo les decía a los jóvenes, que iban a trabajar con ilusión, que estaba seguro de sus buenas intenciones pero que, por una parte, no podía mostrar tratos de favor y, por otra parte, simulando complicidad, les decía que, dado que ellos entendían todo esto perfectamente, también entenderían que hacer una distinción en el procedimiento habitual podía generar un fallo en el sistema de control que podría ser utilizado por otros para acceder sin más al “tesoro”.

Así, les decía: “Creo, sinceramente y por eso confío en ti, que tú harías lo mismo si estuvieras en mi caso. Y preferirías excederte en desconfiar de alguien, aun a riesgo de equivocarte, antes que abrir las puertas a un desalmado que lo utilizara todo al revés”. Es decir, para demostrar que eras digno de confianza, tenías que empezar por impedírte a ti mismo la entrada. La paradoja era dolorosa porque no podías entrar y la aceptación de estas normas era como aceptar que eras sospechoso. Y ¿cómo estos jóvenes podían superar esta absurda paradoja? Pues demostrando que eran de fiar. See, generalmente, les pedía que escribieran un proyecto en el que explicaran qué es lo que querían hacer. Como para su realización no les daba ningún tipo de directrices, lo normal era que se preguntara a los más experimentados en la *Bessy*, pero entre bromas te decían

siempre que no sabían por qué se aprobaban a veces las cosas y a veces no. Al final, se escribía y se exponía al juicio de los compañeros más expertos en la ciencia de la *Seetherepugnancelogía*, los cuales ponían mil objeciones que se tomaban en cuenta y luego se rehacía. Por último, se entregaba y se esperaban meses o años para una respuesta que acababa llegando. See se disculpaba una y otra vez por no poder atender la necesidad de una reunión para valorar el proyecto. See era un hombre muy ocupado, de esos hombres tan ocupados que consideran que necesitan ocupar su tiempo y el de los demás también. A veces miraba con una expresión que parecía estar diciendo: “¿No te das cuenta de que mi tiempo es más importante que el tuyo?”, y al otro se le ponía cara de pensar: “¿De qué se reirá?” El asunto es que cuando llegaba la respuesta se realizaba una nueva vuelta de tuerca en el proceso de humillación: “No era exactamente lo que te había pedido, no está del todo bien enfocado, es absolutamente necesario rehacerlo”, no corregirlo, no, que era una cosa miserable, sino rehacerlo (que era lo que te iba a enfangar más tiempo y en más trizas rompería tu ánimo). Y el suplicante decía: “Pero si esto es lo que me pediste que hiciera”, pero como no había nada por escrito nunca se podía demostrar esto. Así que para que no pareciera que habías tirado por la borda tu tiempo, lo volvías a rehacer, y una vez rehecho, tras esperar otro tanto tiempo, te veía y te proponía otra cosa que invalidaba la necesidad de la primera.

Hubo una primavera bajo el mando de See en la *Bessy* que fue tremenda, las personas que allí trabajaban se enfrentaban a un ambiente tóxico. Nadie sabía la razón del trabajo que realizaba. La dirección entraba en conflicto con todo el mundo, conflictos que “arreglaba” con amenazas veladas y con el argumento de que debías agradecer que te permitieran estar allí, que eras un privilegiado. A pesar de un ambiente tan enrarecido, se hizo la Fiesta de Primavera, como cada curso. La fiesta se realizó en el jardín del lugar que estaba presidido con una cabeza de Froiz. La primera impresión era de bastante mal gusto porque parecía que estuviera decapitado y colgado de una pared; parecía, y perdón por la maldad del comentario, una pieza de caza cobrada y disecada, aunque no supiéramos quién era el cazador, ¿o sí? See se mostraba nervioso, como si percibiera que se aproximaba un cambio. Estaba un poco encorvado y la sonrisa parecía que le fuera un palmo por delante de sus narices. Se armaba un lío con sus dos teléfonos que llevaba en los dos bolsillos de la chaqueta. Se le ponía un gesto fastidioso cada vez que sonaba uno y siempre cogía el que no era y desfundaba el otro y bastaba que consiguiera



contestar para que el primero le sonara también. Parecía un John Wayne futurista, siempre decidiendo sobre el futuro de los demás por el bien de un ideal, el suyo. Y si recibía llamadas de los “interesantes”, todo el mundo era guapísimo, todas las comidas exquisitas y siempre: “No por favor, yo siempre detrás de ti”.

See bromeaba con la idea de que la *Bessy* tenía un fantasma al estilo de los castillos escoceses que representaba el espíritu de Froiz y que no le gustaba que ocupara su puesto. Se decía a sí mismo que la misma prueba por la que él estaba haciendo pasar a los estudiantes la tenía que pasar con su fantasma. Porque qué otra razón podría haber para que él no viera a los besugos (porque, aunque no lo sabía nadie, See the Repugnance no los veía). No podía ser por su falta de cultura, porque se consideraba a sí mismo como un pozo de sabiduría, aunque nunca hacía uso de ella. Él siempre pedía a todo el mundo que justificase sus conocimientos mediante títulos, tesis, etc., porque él detentaba al menos una o dos cátedras, tenía varias tesis doctorales y multitud de libros publicados sobre los más diversos temas de ciencias y letras. Bueno, al menos se comportaba como si así fuera, aunque no nos ha sido posible encontrar un currículum suyo.

See no iba a permitir a nadie entrar en el depósito del espejo hasta que él no consiguiera ver a los besugos. A decir verdad se lo había permitido a algunos que, obviamente, no vieron nada, caso del presidente antes citado, que sólo se

veía a sí mismo; otras incluso, como la Mano Derecha de See, no veían ni el espejo. See, no obstante, era un caso peculiar: él no veía a los besugos (lo sabemos), pero la imagen que se reflejaba de él estaba retardada, hacía una cosa ante el espejo y la veía un poco después. Él lo achacaba a que el fantasma de Froiz se estaba riendo de su estrés.

Sin embargo, había observado, desde la primera vez que se había mirado hasta el momento presente, que el tiempo de retardo de su reflejo iba menguando progresivamente, cada vez más rápido. See estaba seguro de que si se juntaban en el tiempo su imagen y su reflejo se abriría el espejo y vería, al fin, a los besugos. Más que tener información de que esto ocurriría, es que no le quedaba otro remedio que pensar así: los años de estancia en la dirección de *la Bessy* habían ido erosionando su reputación y la de la institución simultáneamente. Si no acabó con ella fue gracias a que ésta poseía un enorme, casi inagotable caudal heredado, aunque se reducía claramente. Él, con su cinismo y su falta de generosidad, se había dedicado a sacar petróleo del silo con la esperanza de que sería inagotable si sólo él tenía acceso. Él consideró que era suyo, al fin y al cabo era quien conseguía todo el dinero, él era el que había echado adelante el proyecto de resurrección después de los Años Oscuros -se decía a sí mismo- y él era el primero que merecía obtener los resultados del prestigio de la *Bessy*.

See dejó de salir, pasaba las horas delante del espejo obsesionado por alcanzar el momento en el que él y su reflejo se juntaran, se sincronizaran. Hasta que un día soleado, hermoso, lleno de fragancias, ocurrió lo que deseaba. El espejo tras el cristal comenzó a ondularse, olas pequeñas, tenues, y de pronto, un rayo de sol que entró por la ventana del despacho iluminó el agua que se veía y See se percató de que era una visión submarina, era esa maravillosa imagen que se ve en los documentales. Aguzó la mirada y pudo ver cómo allí, al fondo, había un jardín submarino, eran las famosas praderas de fanerógamas marinas. Estos *sebadales*, como eran conocidos comúnmente, eran auténticas plantas superiores marinas, con su tallo rizomatoso y todo lo demás: hojas, flores, frutos y semillas. Un auténtico jardín privado salvaje. See veía muy bien de lejos, por eso esquivaba (o discriminaba) tan bien las miradas, y alcanzó a ver allí en la profundidad a un grupo de besuguillos jugando. Qué alegría tuvo, por fin podría aumentar el legado que él había recibido, incluso creía que a partir de ahora podría ser generoso de verdad. Ya nunca más temería que llegara otro como él que le quitara el puesto, o que le hiciera sombra, o que tuviera más que él. Ahora iba a ser diferente, y ya no habría emulaciones (él siempre

pensaba que la gente quería ser lo que él, no podía entender que no envidiaras su situación, en el fondo See sufría mucho, lo que a su vez le obligaba a ser más intransigente para protegerse, él lo veía así. Todos sabemos que no es así sino al revés, es su conciencia la que le hace buscar, rodearse de personas de las que se encarga de sacar lo peor y poder llenarse así de razones para humillarlas).

Y por fin, detrás de unos alevines se acercó un besugo hembra, grande, ya mayor, que se vino hacia See y le dijo: “Mucho tiempo has intentado ver tras el cristal. Fuiste muy inteligente a la hora de darte cuenta de que el retardo de ti o de tu imagen iba menguando y que esa era la clave de que todo era una cuestión de espera, de paciencia. Pero no era esto un rito iniciático, ni una prueba para valorar tu paciencia como virtud y que esto pudiera compensar tus carencias. No se debe a nada de esto. El espejo en el fondo tiene el mismo comportamiento que tú, a ti no te importa nada hacer perder el tiempo a los demás, es más, te gusta que los demás esperen por ti. Has hecho de esta táctica inesperada en una persona de tu cultura tu estrategia más importante. Nosotros los besugos no somos tus corresponsales como lo fuimos de Froiz. Te he venido a ver porque me daba lástima verte ahí esperando y prefería informarte de que con quien tú tienes que hablar es con él”.

Y con la mirada señaló a un pez de color ceniciento que See vio aproximarse; sobre la cabeza y la nuca tenía una placa oval, cuyas láminas cartilaginosas le servían para adherirse a los demás cuerpos submarinos, formando con ella el vacío. Y le dijo la besugo a See: “Decía Plinio, lo recoge Borges, que es un pescado muy acostumbrado a andar entre piedras y que pegándose a las carenas, hace que las naos se muevan más tardas, hasta que las detiene. Dice Plinio en otro momento refiriéndose al navío de Calígula: 'Soplan los vientos y se encolerizan las tempestades pero ella sujeta su furia y ordena que los barcos se detengan en su carrera y alcanza lo que no alcanzarían las más pesadas áncoras y los cables'. De ahí que su nombre acabó por adquirir el sentido figurado de OBSTÁCULO que impide avanzar a los demás, seguro que te resultará muy familiar su comportamiento, te presento tu alma gemela, See: se llama La Rémore”.

FIN, POR FIN

Javier Arias Bal

MERCADO DE SAN MIGUEL. MADRID

El mercado de San Miguel, ubicado en la plaza del mismo nombre, junto a la Plaza Mayor de Madrid, fue construido entre 1913 y 1916 por el arquitecto Alfonso Dubé y Díez, donde ya antes existía un mercado al aire libre. El solar fue anteriormente el emplazamiento de la iglesia parroquial de San Miguel de los Octoes. El edificio, que conserva su estructura original de hierro de principios, tiene dos plantas y una superficie de 1.200 metros cuadrados. En 1999, la Comunidad de Madrid abordó una remodelación con ayudas europeas, que devolvió al mercado su aspecto original.

En los últimos años, un grupo inversor catalán, a través de la sociedad El Gastródomo de San Miguel S. L., se ha ido haciendo con la propiedad de todos los puestos de venta. Una vez concluido este proceso, a principios de 2007, el Mercado de San Miguel va a ser nuevamente readecuado para crear un espacio que incluya los puestos de venta de alimentos y un conjunto de bares y restaurantes, reforzando así el atractivo turístico de sus instalaciones.

